

la artillería de la plaza les enviaba algunas balas, que eran correspondidas por algunos disparos de la de los sitiadores colocada en las posiciones que ocupaban.

El sangriento combate había terminado por aquel día. La sangre había dejado de correr.

La noche se aproximaba, y mientras los republicanos retrocedían á sus posiciones, los imperialistas celebraban el triunfo con las demostraciones del más vivo entusiasmo.

1867. La plaza de la Cruz, en que se hallaba el em-  
Marzo. perador, presentaba una animacion extraordinaria. A su lado se hallaba D. Leonardo Marquez y otros generales. Las músicas de los regimientos tocaban el himno nacional, y las cornetas tocaban diana por todas partes, que en Méjico es la señal de triunfo. El general D. Miguel Miramon llegó en esos momentos, y Maximiliano le tendió afectuosamente los brazos.

Nuevos prisioneros fueron conducidos en aquellos instantes á la presencia del soberano, el cual les dirigió palabras consoladoras, y ordenó que fuesen bien tratados.

Maximiliano, siempre tranquilo y lleno de dignidad, así en los momentos contrarios como en los de la victoria, se acercó á diversos oficiales imperialistas, y felicitándoles por su buen comportamiento les manifestó su aprecio y su estimacion.

Poco despues, dominado por sus sentimientos de humanidad, se dirigió al hospital para recomendar la buena asistencia hácia los heridos, y ver el estado que guardaba la salud de algunos oficiales que habían recibido heridas graves durante el combate. En él se hallaban, entre otros varios, el capitan primero de artillería D. Antonio Sal-

gado, á quien una bala había destrozado el talon, y el teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez que cayó atravesado el pecho por una bala, al marchar á apoderarse del panteon. El emperador se acercó á su lecho. El semblante del herido estaba cubierto de una palidez mortal, sus ojos apagados, y blancos sus labios como los del moribundo. Maximiliano preguntó en voz baja al médico el estado del herido. «Señor,» respondió el facultativo, tambien en voz baja, «ese valiente oficial, apenas tiene algunas horas de vida.»

Maximiliano dirigió entonces al herido palabras cariñosas con que procuró consolarle. Le dijo que le concedía por su valor y excelentes cualidades la cruz de caballero del Aguila Mejicana, asegurándole además «que le reservaba el grado de coronel y el mando de un cuerpo de su futura guardia (1).» El valiente herido, lleno de agrade-

1867. cimiento hácia el soberano por aquella mues-  
Marzo. tra de simpatía y de aprecio, estrechó con efusion de gratitud su mano entre las suyas, y exclamó con moribunda voz, y con una resignacion verdaderamente tierna: «Señor, me considero dichoso muriendo por Vuestra Majestad.» El Emperador se conmovió profundamente al escuchar estas palabras, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La familia y las hermanas de D. Juan de Dios Rodriguez al saber que había sido herido, corrieron llorosas y

(1) Alberto Hans, *Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.*

aflijidas al hospital, y dispusieron que le llevasen á su casa para consagrarse enteramente á su cuidado. Pocos días despues, con agradable sorpresa de todos sus amigos se hallaba fuera de peligro, y transcurridas algunas semanas, tomó de nuevo el mando de su batallon.

No caminó con igual fortuna el capitán Dominguez, que en compañía de él habia recibido un balazo en la cabeza, pues una hora despues sucumbió. Las personas que habitaban la casa á donde habia sido conducido, huyeron de ella al ver que infinitas balas y granadas caían en el edificio, dejando abandonado el cadáver, que, más tarde, fué encontrado en estado de descomposicion por algunos soldados imperialistas que recorrían los puntos que más habian sufrido los estragos de la artillería de los republicanos.

El emperador recorrió todos los departamentos del hospital. En sus largas salas se hallaba un número considerable de heridos, pues el soberano habia mandado que se llevase á ellas aun á los que pertenecian á las fuerzas republicanas, recomendando que se les asistiese con igual esmero que á los imperialistas, sin que se hiciese distincion la más leve entre unos y otros.

Tambien en el campamento liberal se establecieron, por orden del general en jefe, dos hospitales militares; uno en la hacienda de Alvarado y otro en la fábrica de Hércules.

En las primeras horas de la noche, algunos oficiales imperialistas, cuya presencia no era precisa en aquellos momentos en la línea, alcanzaron de sus jefes el permiso de visitar la ciudad. Los habitantes, contentos de que

hubiese cesado el combate, salían tambien de sus casas para adquirir noticias de lo que habia pasado durante la lucha. En la fonda del Aguila Roja, donde se habian reunido varios militares para cenar alegremente, la conversacion se redujo, como era natural, á los sucesos verificados durante la lucha de aquel día; cada uno referia los

1867. hechos que habia presenciado en la posicion

Marzo. que habia defendido; los hechos de valor de

algunos compañeros, la serenidad mostrada por el emperador, y el denuedo desplegado por las tropas republicanas en el ataque. Se ensalzó el arrojo del mayor del batallon de cazadores D. Macedonio Victorica, apoderándose del cañon rayado cerca del puente; del valor y serenidad del coronel D. Juan de Dios Rodriguez, en el combate de la Cruz, así como de la gravedad de su herida, no ménos que de la visita que le habia hecho el soberano; del valiente comportamiento del general D. Leonardo Marquez en la calle de los Cipreses, accion que el escritor y abogado mejicano D. Ignacio Alvarez califica de «las verdaderamente heróicas;» del triunfo alcanzado en la Alameda por el general D. Miguel Miramon; de la intrepidez del general D. Tomás Mejia en los dos ataques dados con su caballería á la de los republicanos; se elogió el denuedo y actividad del coronel D. Manuel Ramirez de Arellano; el valor mostrado por el comandante D. Francisco Araujo, el coronel D. Julian Quiroga, el príncipe de Salm Salm y el paisano D. Gorgonio Niño; se ponderó la bizarría con que se condujo el capitán D. Rafael Renteria, y se hizo mencion de otros jefes y oficiales que se habian distinguido por su serenidad y valor.

Los republicanos en su campamento elogiaron á su vez y justamente, á los jefes de su ejército que más habían llamado la atención en el asalto. El valor de los generales D. Florencio Antillon, Rocha, D. Manuel Marquez, Neri, Zepeda, Canto, Merino, y de varios jefes y oficiales como Toledo, D. Prisciliano Sandoval, Granados, Torres, Gonzalez, Reguera y otros muchos fué ensalzado por los sitiadores, y se halla consignado en las páginas del *Ensayo histórico del ejército de Oriente*, escrito por los instruidos literatos republicanos D. Juan de B. Hajar y don José M. Vigil.

El primer cuidado del emperador el siguiente día 15 de **1867.** Marzo, despues de recorrer todos los puntos de la línea donde las tropas estaban prevenidas para el caso de que los sitiadores emprendieran un nuevo ataque, fué el arreglo del servicio de los hospitales para los heridos. Como todo había sido improvisado, pues nunca los jefes imperialistas pensaron encerrarse en Querétaro, no había en las salas las suficientes camas para el número de heridos que de una y otra parte se habían llevado al hospital, ni la ropa necesaria para ellos. Siendo escasos los recursos que el ejército tenía para comprar cuanto era preciso á ese noble objeto, Maximiliano, conociendo los humanitarios sentimientos de los habitantes de Querétaro, nombró una comision que excitase los afectos de caridad de las familias, para que contribuyesen, bien con sábanas, colchones, vendas, hilas ó con cualquiera otra cosa que pudieran, al socorro y consuelo de la humanidad doliente. La excitativa del emperador fué acompañada con el ejemplo, pues fué el primero que dió su pro-

pio colchon en el acto mismo para el hospital, donde inmediatamente se colocó á uno de los heridos. No fué en vano el llamamiento hecho á los sentimientos humanitarios de los queretanos, por la comision nombrada por el emperador, pues todas las familias de regular posicion se apresuraron á enviar los objetos de que podían disponer, propios para el consuelo y alivio de los desgraciados que sufriesen en los combates, cualquiera que fuese el bando político á que perteneciesen, puesto que la caridad acoge en su seno á todo el género humano. En cuanto á lo relativo á la curacion de los enfermos y heridos, quedó encargado el instruido y empeñoso médico D. Joaquin Martinez, que era el jefe de la seccion sanitaria del ejército; y respecto de la parte espiritual, para derramar el consuelo de la religion en el alma de los moribundos, quedó encargado el padre Fray Luís de Aguirre, ayudado de los sacerdotes de la ciudad, Figueroa, Camacho y Guisasola, todos hombres dignos del alto ministerio que desempeñaban.

Maximiliano, despues de haber visitado el hospital, como siguió visitándolo en lo sucesivo diariamente para que los heridos y enfermos se hallasen bien asistidos, quiso premiar el valor de los que se habían distinguido con algun hecho notable en el reñido combate del día anterior. En consecuencia distribuyó algunas condecoraciones á los oficiales y soldados que llamaron la atención de sus mismos compañeros de armas. Entre los jefes á quienes condecoró, se hallaba el mayor del batallón de Cazadores D. Macedonio Victorica que, como tengo dicho varias veces, se apoderó del cañon rayado, recibiendo un bayonetazo en el pecho. El empe-

rador le dió, como premio de su denuedo, la cruz de caballero del Aguila Mejicana. Tambien fueron premiados pública y solemnemente, el batallon 3.º de línea. Ambos cuerpos se formaron en cuadro en la plaza de la Cruz. Pocos momentos despues, á las nueve de la mañana, llegó el emperador Maximiliano, acompañado de los generales D. Leonardo Marquez, D. Ramon Mendez y de su estado mayor. El soberano dirigió la palabra á los dos batallones, haciéndoles saber que por el brillante comportamiento que habían tenido militando á las órdenes del general D. Ramon Mendez en sus campañas anteriores, así como por el valor con que se habían batido el día anterior, habían merecido que fuesen condecoradas sus banderas. Dichas estas palabras, colocó por su propia mano, en cada una de las banderas que le fueron presentadas, la cruz del Aguila Mejicana. En seguida el general D. Leonardo Marquez pronunció una breve alocucion exhortando á los soldados á que continuasen como hasta allí cumpliendo sus deberes como valientes y subordinados militares, haciéndose acreedores á nuevas distinciones honoríficas, debiendo ver en aquel acto con que el soberano premiaba sus valientes hechos, que les miraba con la predileccion y cariño con que Napoleon I veía á su vieja guardia. Estas palabras del jefe de estado mayor, llenaron de satisfaccion á los soldados y oficiales de los dos batallones, pues creyeron ver en ellas confirmada la creencia, bastante extendida ya, de que el emperador «les conservaría á su lado para formar el núcleo de su guardia (1).»

(1) Hans. *Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.*

1867. Durante el día 15 se presentaron algunos  
 Marzo. desertores del campo sitiador, manifestando para ganarse el afecto de los sitiados, que reinaba un gran desaliento en las tropas liberales desde el revés sufrido. En la pintura que hacian había mucha exageracion, pues aunque es cierto que muchos se desalentaron con la resistencia que encontraron, no sucedía lo mismo con los demás que confiaban en su fuerza numérica y en la que aun debía llegar de diversos Estados, para alcanzar el triunfo más ó ménos tarde. El general republicano don Nicolás Régules, por disposicion de D. Ramon Corona, segundo general en jefe, expidió las necesarias órdenes al Estado de Michoacan para que se enviasen, sin pérdida de momento, hácia Querétaro todas las tropas que se hubiesen organizado, á la vez que las municiones que pudiesen conducir. Se trataba por los jefes republicanos de cerrar toda salida á las tropas imperialistas, y se daban órdenes para que de diversos puntos se dirigiesen al cuerpo sitiador cuantas fuerzas hubiese disponibles. Los generales D. Vicente Riva Palacio, D. Juan Mendez y don Francisco Velez, así como diversos jefes que operaban en diferentes Estados, habían emprendido su marcha en virtud de esas órdenes á aumentar el ejército sitiador.

Para mover esas fuerzas cada jefe había impuesto préstamos á los pueblos en que ejercía autoridad militar, y los gobernadores de los Estados decretaron contribuciones para el sostenimiento de otras fuerzas que llegaban á formarse de los indios labradores cogidos por el  
 1867. Marzo. deplorable sistema de leva, ejercido únicamente con la útil y desgraciada raza india, que sólo dis-

fruta en el nombre los derechos de ciudadano. Investidos los gobernadores de facultades extraordinarias, procuraban proporcionar la mayor suma de recursos para los gastos de la guerra contra el imperio. El gobernador y comandante militar del tercer distrito del Estado de Méjico D. Francisco Leiva, había impuesto en todo el expresado distrito, al empezar el mes de Marzo, una contribucion mensual de un sesenta y dos y medio centavos á las fincas rústicas, y treinta y uno un cuarto centavos á los urbanos por cada cien duros de valor representativo. Esta contribucion existiría mientras durase la guerra, y se pagaría en los tres primeros días de cada mes, bajo la pena á los omisos de exigirles el pago con el recargo de un 25 por 100, haciéndose uso de la facultad económico-coactiva. En los considerandos que precedían al decreto expedido en Chalco el 1.º de Marzo, se manifestaba que se había dado aquella disposicion, á causa de «la aglomeracion de fuerzas en el tercer distrito del Estado de Méjico, y el aumento que habían tenido las pertenecientes á él, así como para los gastos urgentes que era preciso erogar para cubrir las atenciones consiguientes á las maniobras militares que debían emprenderse.»

Mientras en ese decreto acusaba el jefe republicano á los imperialistas de enemigos de la patria y «de ser la causa de que el gobierno liberal se viese en la precision de establecer nuevos impuestos, en calidad de transitorios, gravando la propiedad raíz mientras vencia á sus contrarios,» á quienes calificaba de «faccion traidora,» la prensa imperialista procuraba presentar todas las disposiciones de las autoridades republicanas, como contrarias al

bien del país y á los intereses de los particulares, y al gobierno imperial como el único que anhelaban los pueblos.

1867. El *Diario del Imperio* de 20 de Marzo copiado en Marzo. piaba un artículo de otro periódico de la capital que decía así: «El emperador es el representante de la unidad y de la independenciam de Méjico. No se le puede echar en cara que el trono esté hoy apoyado por la intervencion; y faltan por tanto pretextos á los Estados-Unidos para intervenir en los asuntos de Méjico. Compréndanlo bien los mejicanos de todos colores. Si no obstante la partida de los franceses aun mantienen los norteamericanos la guerra civil en Méjico bajo el ridículo pretexto de que la América es republicana y debe permanecer republicana, es porque saben bien que el imperio consolidado y atrayendo á su derredor á todos los partidos hasta hoy divididos, se escapará Méjico de las intrigas de los yankees. Dejemos, pues, á un lado toda ambicion personal, todo espíritu de partido. Imperio ó República, ¿qué importa la palabra? Teneis un deber noble que cumplir, una independenciam que defender, una nacionalidad que conservar.»

Mientras los jefes republicanos de diversos Estados se dirigían con sus fuerzas á aumentar considerablemente el número de gente del ejército que sitiaba á Querétaro, las tropas imperialistas, animadas con el triunfo alcanzado, se manifestaban llenas de esperanza en conseguir muy pronto una victoria decisiva sobre los sitiadores.

Durante todo el día 15 el emperador y sus generales estuvieron recibiendo noticias las más satisfactorias para ellos, de los desertores que se estuvieron presentando en